

Alegría de la vida

Esta vida tan frenética que llevamos nos obnubila el sentido y casi nos arrastra con una inercia pasmosa hacia no sabemos muy bien dónde, hasta que algo acontece y nos detiene en seco. Dicho acontecimiento no tiene por qué ser extraordinario; de hecho, la mayoría de las veces se trata de algo relacionado con nuestra cotidianidad, algo que hasta entonces había pasado desapercibido. Entonces sucede que lo ordinario se vuelve asombroso y la realidad adquiere unos tintes casi mágicos y muy reveladores para la persona que protagoniza la epifanía. Esa era yo. Sentada como otros domingos a la mesa, con la misma música de fondo de cubiertos tintineantes sobre la vajilla, las voces estridentes de mis primos, los debates acalorados de mis tíos y la charla intensa de mi madre con mi abuelo, que a duras penas se enteraba de nada, yo esperaba impaciente que la cita familiar de la semana terminara para pedirle a mi madre que me subiera la asignación semanal y volver a mis cosas. No voy a negar que, cuando por momentos levantaba la cabeza para dejar de ojear la sucesión interminable de imágenes de mi teléfono móvil, resultaba tremendamente divertido contemplar la escena. Mis primos andaban de lo más entretenidos haciendo filas y dibujos con los garbanzos, mientras una de mis tías trataba de detener el juego con una mano a la vez que en la otra sostenía una fuente invitando a otros que se sirvieran. La más pequeña y salada de la reunión, mi prima Graciela (de sólo un año) investigaba *a dos manos* las diferentes texturas de los alimentos que tenía en el plato. En el otro extremo de la mesa, mi tío Félix se hacía el gracioso intentando servir el vino como si fuera un venenciador de las bodegas de la zona, cuando ¡splash!, el líquido de Baco fue a parar al mantel almidonado de mi abuela.

- “*¡No pasa na’! ¡Alegría, alegría!*” Exclamó mi abuela, que justo entraba por la puerta en ese momento bandeja en mano.

Al oír mi nombre (sí, es Alegría), creyendo que mi abuela me llamaba, di un respingo y, sin querer, le di con la mano al bote de la sal, que se volcó derramándose sobre la mesa.

- “*¡Ay! Alegría, hija, ¡Eso sí que no! ¡Que trae mu’ mala suerte!*”
- “*¿Qué dices, abuela? ¡No he hecho nada!*”
- “*Espera, que suerto la bandeja y lo arreglamo’!*”

Corriendo, mi abuela (Engracia se llama) vino hacia donde yo estaba sentada, se puso detrás de mí y, cogiendo una pizca de la sal derramada, la tiró por encima de mi hombro izquierdo.

- “¡Ya está, hija!”
- “¿Ya está qué, abuela? ¿Qué haces?”
- “Po’ ¿Qué voy a hasé’? ¡Quitarte la mala suerte d’ensima! ¡L’echao sal en los ojo’ al demonio pa’ que no te pase na’!”
- “¡Ay, abuela! ¡Hay que ver las cosas que tienes!”

Mi abuela Engracia..., tan divertida como siempre. Como pudo, amontonó el resto de la sal que se había derramado y la volvió a introducir en el bote. Acto seguido, regresó a donde había dejado su bandeja y nos la mostró: ¡una gran dorada cocinada a la sal! De repente, tuve la sensación de que todo había empezado a conjurarse para revelarme algo... La *sal* derramada, la dorada a la *sal*, el *saleroso* tío Félix, la *salada* Graciela, la “subida de *salario*” que estaba a punto de pedirle a mi madre, incluso la gracia *salerosa* de mi abuela Engracia (¡valga la redundancia! ¡jajaja!), incluidos los nombres de mis familiares ¡y hasta el mío!; por algo se dice que la sal es la *alegría* de la vida, ¿no? Era todo muy surrealista, pero a la vez muy real también, real y cotidiano. Nunca me había parado a pensar en la importancia de la sal en nuestras vidas, en lo presente que está entre nosotros, utilizada desde siempre no sólo como condimento para las comidas, sino también como moneda, conservante, medicina y hasta remedio contra las fuerzas del mal. Y allí estaba sobre la mesa..., enfrente de mí, el poderoso mineral contenido en un simple frasco de plástico con tres letras de color azul intenso como el cielo, que parecían dirigirse a mí en modo imperativo: “*SAL ...*”. — “¿De dónde salgo?”— Dije yo para mí. Para empezar, ya había salido de mi ensimismamiento tecnológico, porque, aunque mis dedos siguieran deslizándose sobre la pantalla del teléfono móvil, mi mente ya estaba en otra cosa, había salido a contemplar la grandeza de esta sustancia tan humilde, y ya no podía parar. De repente, recordé que mi abuelo *Salomón*, hombre sabio como aquel de la Biblia, había sido salinero toda su vida. Otra coincidencia que me sobrecogió y me inundó de intriga y curiosidad. Con decisión cogí mi silla y fui a sentarme a su lado. El pobre, entre tanto alboroto, no entendía qué hacía yo allí ni oía bien lo que le decía.

- “Abuelo, tú has sido salinero toda tu vida, ¿verdad?”. Le pregunté
- “Sí, *Alegría*, ¿por qué lo preguntas?”
- “Ay, porque me encantaría que me hablaras de eso, de tu profesión, qué hacías..., cómo trabajabas...”

Sin decirle nada a mi abuelo sobre la gran revelación que estaba teniendo lugar en mi interior, me las apañé para que nos contara su historia. Un momento como ese requería toda la atención (sobre todo la mía) y, agarrando una cuchara y un vaso, los golpeé una contra el otro hasta que todos callaron. Incluso los pequeños se pusieron a escuchar, menos Graciela, que se había

cansado de jugar con la comida y empezaba a dormirse. Entonces, aclarándose la voz, el abuelo Salomón comenzó su relato.

- *“Alegría, acércame la sal, por favor” “¿Sabéis que esto tan blanco y tan brillante es oro blanco, un mineral que se extrae de las entrañas de la tierra y del agua del mar, y que se es producto de la actividad minera? Yo he sido minero de sal toda mi vida”.*

Increíble..., mi abuelo se llamaba *Sal-omón* y además había sido minero. Me quedé estupefacta, porque yo había oído hablar de las minas del Rey Salomón. Todo seguía encajando de una forma misteriosa...

- *“Este oro blanco está en todas partes ¿sabéis? Quizás no sois conscientes de la importancia que tiene la sal en nuestras vidas. Es tan importante que hasta se cuela en nuestra forma de hablar a través de los refranes. ¿Quién puede decirme alguno? ¡A ver!”.*
- *“¡Yo sé uno!”—dijo mi madre—“Manjar sin sal, sabe mal”.*
- *“¡Jajaja!”—rió mi abuela—“¡Verdá’ que sí, hija! ¡A ve’ quién se comía to’ esto sin sá’! Pero yo te voy a desí’ uno que es mejó’ todavía: Derramar vino, buen desatino, derramar sal, mala señal”.*

Mi abuela se había esforzado mucho en pronunciar cada uno de los sonidos del refrán, a la vez que nos miraba con ojos pícaros al tío Félix y a mí. Obviamente los dos nos dimos por aludidos y soltamos una carcajada que se contagió a todos. Entonces mi abuelo siguió contándonos:

- *“Cuando yo era joven, trabajaba en una mina de sal gema que está en Cardona, en Barcelona. Ésa era una mina a la que había que bajar y era peligroso, la verdad. Os preguntaréis cómo es que la sal se encontraba en la tierra. Pues mirad, hace millones de años, se formaron algunos mares interiores debido a que las cordilleras, al levantarse, aislaron esa masa de agua del resto y estos mares fueron secándose poco a poco, acumulándose en el fondo grandes cantidades de sales. Yo extraía halita, que después se pulverizaba así, mirad, pero con máquinas, claro”.*

Mi abuelo había cogido un trozo de corteza de pan de la mesa y con sus manos fuertes y ásperas, empezó a estrujarla hasta que la desmenuzó casi en granos.

- *“Desgraciadamente, cuando llevaba unos años allí, me puse malo y los médicos me recomendaron trasladarme a vivir a una zona de clima más suave. Entonces decidí venirme al sur. ¡Menos mal! ¡Si no, no habría conocido a tu abuela! Pero, además, cuando llegué aquí y vi las salinas de la Bahía de Cádiz, no me lo podía creer. Pude continuar con mi oficio, aunque la técnica de obtención de la sal marina era muy*

distinta. Lo que hacíamos aquí era extraer la sal directamente del agua del mar porque la tierra estaba como labrada, llena de esteros, donde el agua entraba, se dejaba evaporar por este sol que tenemos aquí y los vientos de levante y de poniente, hasta que la sal cristalizaba. Fueron los años más hermosos de mi vida porque aquello era un espectáculo, una belleza. Estar en las marismas, en pleno parque natural, rodeado de aves, flamencos, chorlitejos, charrancitos, gaviotas; y las lagunas rosadas...”.

Entonces mi abuelo me pidió que le diera una cuchara y, arrastrando las migas de pan que estaban sobre el mantel, nos explicó que, con un rastrillo de madera, iba recogiendo la sal que se formaba en la superficie de las lagunas y se amontonaba en pequeñas pirámides. Nos contó también que muchas de esas salinas ahora estaban mecanizadas, pero que otras estaban recuperando las técnicas tradicionales y eran muy apreciadas porque eran más naturales.

- “Abuelo, lo que tú quieres decir es que son más sostenibles, ¿a que sí?”. Le pregunté.
- “Ay, hija, no sé, seguramente. Lo que te puedo decir es que no contaminábamos absolutamente nada, que era todo artesanal y que hasta los flamencos estaban acostumbrados a vernos allí y no se asustaban, aunque estuviéramos trabajando al lado de ellos. Era como el paraíso. Recuerdo los días de viento de Levante cuando nos frotábamos las manos pensando en la cantidad de sal que nos dejaría. Era absolutamente feliz”.

Mientras decía esto, mi abuelo seguía arrastrando las migas de pan con la cuchara con una gran sonrisa en la cara.

- “¿Volverías a hacerlo, abuelo? ¿Volverías a ser salinero de esos de rastrillo?”.
- “Sin dudarlo”—contestó mi abuelo. “Hoy en día se valora mucho más lo que hacíamos antes. Además, el mundo siempre va a necesitar la sal para vivir, pero, encima, ahora más que nunca, necesita respeto, que respetemos mucho la Naturaleza que debemos cuidar entre todos”.

El lado ecologista de mi abuelo me pareció una pasada. Aunque él no hubiera empleado las palabras actuales, en mi cabeza resonaban conceptos muy familiares como *sostenibilidad*, *ecológico*, *biodiversidad*, *medio ambiente*. En ese momento, comprendí a dónde y para qué me estaba llamando a salir aquel bote de sal desde en medio de la mesa, y por qué todo se había confabulado de repente aquel domingo. ¡Tenía que salir a continuar la labor de mi abuelo porque la había heredado de alguna manera, porque quería contribuir mi *granito de sal* a la sostenibilidad del planeta, y porque, como él, quería ser feliz!

Pasados los años, estudié Ciencias del Mar, y he llegado a ser maestra salinera de una explotación de sal en la Bahía de Cádiz que vuelve a utilizar sólo la acción de las mareas, el sol, el viento y el trabajo artesanal como en tiempos de mi abuelo. Es todo como mi sabio abuelo Salomón nos contó aquel día, y no puedo ser más feliz. Tenemos encargos del mundo entero porque nuestra sal, que ya tiene certificación de calidad, es considerada una delicatessen. No me resultó difícil ponerle nombre: *Alegría de la vida*, porque eso es precisamente la sal; además, esta denominación vuelve a fundir nuestras identidades de forma misteriosa. *Alegría de la vida* ha recibido las mejores opiniones por parte de la crítica culinaria y está en continua expansión en el mercado gastronómico. Pero, por encima de todo, está la conciencia del trabajo bien hecho, que respeta profundamente la Naturaleza en toda su biodiversidad. Cuando estoy en mi salina, en silencio, rodeada de “nieve salada” (como la llamó nuestro poeta Rafael Alberti), y contemplo la idílica escena, con las aves al fondo y la brisa cálida, me llena un sentimiento de pura felicidad y la vida vuelve a detenerme. En esos momentos, suele venirme a la memoria aquella reunión familiar de domingo. Entre risas y alboroto, había sido una experiencia única que me hizo caer en la cuenta de mi misión de vida, ser *alegría* y producirla para otros en un entorno sostenible y cuidadoso con el medio ambiente; producir la sal, la alegría de la vida.

